



AGRICULTURA, COMERCIO
INDUSTRIA
HISTORIA, CIENCIA
LITERATURA

REVISTA QUINCENAL REGIONALISTA

Redacción y Administración: Calle de Cuarte, 22 - VALENCIA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Año. 3 ptas.
Semestre. 1'75 »
Trimestre. 1 »
Número suelto. 0'15 »
A los suscriptores. 0'05 »

MUERTOS ILÚSTRES

Otra vez nuestra pluma modesta se ve en el compromiso de trazar, en pocos renglones, la vida de otro hijo ilustre de nuestra región; lamentando que la honda y meritisíma labor del hombre que hoy biografamos tenga que aparecer tan condensada.

Nació D. Simón de Rojas Clemente Rubio en la villa de Titaguas el día 27 de Septiembre de 1777.

El ideal de sus padres fué hacerle eclesiástico, pero Rojas Clemente no tuvo inclinaciones a ese estado. No obstante, por no disgustar a los autores de sus días, estudió al par que las ciencias naturales, que eran su pasión, teología y lenguas hebrea, griega y latina, llegando, aunque con repugnancia, a opositar a una beca de San Pío V, que no consiguió, pero en cambio hubo de alcanzar el grado de doctor de *premio*, con lo que ahorró los gastos que invirtió en un viaje a Madrid para opositar a la cátedra de hebreo.

El año 1800—a los 23 años de edad—firmó las oposiciones a las cátedras de Lógica y Ética del Seminario de Nobles, logrando votos para el pri-

mer lugar y siendo agraciado con el segundo, que le obligó a regentar las cátedras citadas al mismo tiempo que asistía como discípulo a las de griego

y árabe. En 1801 explicó Mineralogía y Botánica y con sus compañeros Lagasca y García hizo un tratado sobre las «Criptógamas» españolas, publicado en el número 14 de los *Anales* de ciencias naturales en Agosto 1802.

Armonizando sus estudios con sus aficiones científicas, recorría en días de vacación las alturas del Guadarrama, sufriendo los rigores del invierno, pues pernoctaba en cuevas o cabañas de pastores.

En 1802, regentando la cátedra de árabe, se presentó a sus lecciones un desconocido que en poco tiempo hizo rápidos progresos y que no tardó en proponerle un viaje científico a París, Londres y Africa. El

discípulo era un tal Badía, cuya fama de aventurero y loco era tal, que Cavanilles y Herrgen trataron de disuadir a Rojas Clemente de aquel viaje, no consiguiéndolo.

Al siguiente año y conseguidas por Badía dos



Ilmo. Sr. D. Simón de Rojas Clemente Rubio

pensiones de 18.000 reales para ambos, con destino a un viaje de estudios científicos al Africa, partieron de Madrid dirigiéndose previamente a París y a Londres.

En estas capitales atesoró Rojas Clemente vastos conocimientos en sus visitas a bibliotecas y museos, asistencia a lecciones públicas, en las que admiró a los sabios ingleses y franceses, a los que asombraba el joven español que iba a arros-trar, por amor a la ciencia, los peligros de un viaje al centro del Africa. Ni en París ni en Lon-dres dejó lugar oculto a su examen y estudio; la casa Banks, los templos, los monasterios, las praderas y los bosques, próximos a ambas capita-les, proporcionaron a Rojas Clemente inmenso caudal de conocimientos. Su labor diaria era de 14 a 17 horas, trabajo que arruinó su salud de manera sensible.

Para hacer el viaje al Africa debían circunci-darse para pasar en aquel continente como musul-manes y evitarse las desgracias que sufrieron Horneman y otros exploradores. Mas sucedió que al regresar un día Rojas Clemente de los bosques de Epping-Focest encontró a su compañero páli-do y casi exánime, a consecuencia de haberse circuncidado él mismo, operación que le puso a la muerte y que le hizo aconsejar a Rojas que no se la practicara.

Desde Londres marcharon a Cádiz y desde esta ciudad partió solo Badía al Africa.

Rojas Clemente, que había adoptado el nom-bre de Mahomet-Ben-Alí y el traje de moro, era conocido en Cádiz por el nombre de el Moro sabio, siendo objeto de la curiosidad general y persegui-do por las mujeres que le pedían hierbas para sus dolencias y le acosaban con preguntas sobre las costumbres mahometanas. Hasta algunos varones apostólicos formaron empeño en bautizarle. En esta época—año 1807—hizo el «Ensayo sobre las variedades de la vid», de la que se han traducido extractos a todas las lenguas europeas. Luis XVIII llegó a obligar a las autoridades civiles de los departamentos a que se repartiese, la obra tra-ducida, en todos los pueblos.

Como el gobierno español le inquietara para que pasase a cumplir su misión en Africa y Rojas Clemente expusiese la imposibilidad de su marcha, le fué conferido el encargo de estudiar los tres reinos de la naturaleza en las sierras de Granada y Ronda, empresa que realizó como nadie hasta entonces; midiendo alturas (la de Mulhacén y Sierra-Nevada), formando escalas vegetales, desde las más altas cimas hasta el mar; rectificando la geo-grafía de aquel país, equivocada en los mapas de López; examinando las prácticas agrícolas, los usos, las costumbres y el dialecto. Como el prín-cipe de los viajeros, Humboldt, elevó la Botánica geográfica a sorprendente altura.

Llamado por el gobierno abandonó Cádiz en Octubre de 1805, pasando a desempeñar la plaza de bibliotecario del Jardín Botánico de Madrid por nombramiento Real. A ochenta arrobas ascendía el peso de las preciosidades granadinas que llevó a la corte, comenzando a hacer una monografía de la «Ceres española».

Trabajó en los seis últimos tomos del «Semi-nario de Agricultura».

Desde Madrid pasó a Sanlúcar de Barrameda, como director del «Jardín experimental», y ya allí perfeccionó la «Historia del reino de Granada» y concluyó el «Escrutinio de la Serranía de Ronda y Hoya malagueña». La invasión francesa de 1808 destruyó el jardín de Sanlúcar, haciéndole perder ricas colecciones de plantas.

En 1809 recibió y cuidó por orden del gobierno un rebaño de vicuñas, alpacas mestizas de ambas especies, y llamas, de cuyo rebaño hizo una Me-moria curiosísima que entregó al Seminario de Agricultura.

En 1812, falto de medios para subsistir, pues la invasión francesa lo había transtornado todo, se trasladó al pueblo de su naturaleza, donde por no estar ocioso escribió la «Historia de Titaguas, civil, natural y eclesiástica».

En 1814 la Diputación provincial de Cádiz le encargó la formación del plano topográfico y esta-dístico de la provincia.

En 1815 volvió a su plaza de Bibliotecario. En 1816 se licenció en Farmacia. En 1817 se encar-gó con Lagasca de arreglar las colecciones de Mutis llegadas de Santa Fe de Bogotá.

En 1818 fué nombrado censor de las oposicio-nes a la cátedra de Zoología del Real Museo.

En 1819 fué comisionado por la Económica de Madrid para adicionar la Agricultura de Alonso Herrera. En este trabajo le sorprendió una oftal-mía, y curado de ella le asaltó un vómito negro que le puso a la muerte.

En 1820 fué elegido vocal de Cortes (Diputado).

1825 fué llamado por el Rey, que le tenía en grande estima, para que diese la última mano a la «Ceres española».

Las sociedades científicas europeas: Real Aca-demia de Ciencias de Babiera, Fisiografía de Lund en Suecia, y Agricultura del Alto Garona, le enviaron diplomas y condecoraciones y lo mismo hicieron la de Ciencias y Artes de Bar-celona, las Económicas de Madrid, Granada, Sanlúcar y Valencia y el instituto militar Pestalo-ziano.

Murió en Madrid el 27 de Febrero de 1827, a los 49 años de edad, de resultas del vómito negro.

Entre sus obras recordamos:

La «Ceres española» e «Historia de Granada», que con una colección de animales disecados legó al Rey don Fernando VII.

«Reglas para el cultivo del algodón».

«Ensayo sobre las variedades de la vid».

«Introducción a la Criptogamia de España».

«Memoria sobre el rebaño de vicuñas, alpacas mestizas y llamas», y gran número de manuscritos, de discursos, lecciones, programas y apéndices de sus excursiones de investigación y de sus profundos conocimientos en las ciencias físicas y naturales.

Al cerrar la biografía de este titagüense insigne, sólo nos resta recordar al pueblo que le vió nacer que, en el Jardín Botánico de Madrid y junto a las estatuas de los eminentes botánicos Quer, Cavanilles y Lagasca, se eleva, a la admiración de España, la del sabio doctor D. Simón de Rojas Clemente Rubio, honor y gloria de esta región.

X.

SUMARIO

Muertos ilustres: Ilmo. Sr. D. José de Rojas Clemente, por X.—Confidencias, por Gil Roger Vázquez.—Aclaración.—Fragmento de un discurso, de Enrique Alcaraz.—Patriotismo, por L. Valencia Negro.—Información regional: Desde La Yesa, por Ismael Martínez.—Ecos varios.

Confidencias

No son secretos de Estado ni de familia los que voy a consignar; tampoco son confidencias íntimas y reservadas acerca de descubrimientos científicos, ni revelaciones bursátiles, ni demostraciones de añejas fórmulas, ni siquiera soluciones de intrincados acertijos o inocentes charadas lo que ofrezco a la paciencia de mis amados lectores. Nó. Lo que voy a estampar en estas cuartillas es, lisa y llanamente, las opiniones de algunos hombres de mérito y mi particular opinión, sobre la conducta, generalmente seguida por padres, tutores y maestros, respecto a la elección de carrera, arte u oficio de sus hijos, de sus menores y de sus discípulos.

Y esto, aún no es, en rigor de verdad, mi propósito, porque al fijar la opinión de los demás y la mía sobre los particulares de que voy a ocuparme en este artículo, es mi verdadero y primordial intento, dejar escrito algo acerca de las aptitudes y predisposiciones que los individuos reve-

lan en su infancia, y que debe servir de norte y guía a los encargados de su educación, para iniciarles y dirigirles por los caminos, a que naturalmente se inclinan, al abandonar la cuna.

Creo haberme explicado. Y si no lo hube hecho con la precisión y claridad necesarias, sea suplida mi torpeza por el talento de mis lectores que, a la falta de transparencia en mis conceptos, pueden acorrer con la sutileza de su ingenio.

*
* *

No hay duda que todos nacemos y servimos para algo. Y también es cierto que todas las madres—¡oh santas mujeres!—creen ciegame que el nuevo sér que desgarrá sus entrañas al ver la primera luz, lleva entre sus manecitas de rosa y nácar el *ticket* de su destino; pero destino grande, destino noble, destino poderoso.

El instinto maternal, agudizado por el deseo y el cariño, les hace tener como indubitado, el que sus hijos llegan a la vida para superiores fines.

¿Lo pensaron, lo creyeron así las madres de las grandes personalidades que asombraron al mundo con sus talentos prodigiosos?

No lo afirmaré en absoluto, pero sí me permito asegurar que, aquellas madres, fueron los únicos seres a quienes no sorprendió la precocidad de sus hijos, ni los triunfos y preeminencias por ellos conquistados en la edad madura.

¡Si hoy me fuera dado el conocer los pensamientos que relampaguearon en las exaltadas mentes de las madres de Moisés, César, Pompeyo, Isabel I de Castilla, Colón, Santa Teresa, Newton, Oliverio Cromwell o el Emperador Corso, al sentirse fecundas, qué poderosos elementos podría aducir para robustecer mis afirmaciones!...

La mujer cree—y no va desorientada en absoluto—que el infante a quien da la vida, lleva en su cuerpo y en su espíritu todas las fuerzas, todas las virtudes, todas las energías morales y físicas, en fin, que para él hubo soñado durante las intermi-

nables horas de su gestación honrada y apacible.

Aquellas madres acertaron en sus proféticos, íntimos ensueños. ¿Sabemos si otras vieron defraudadas sus esperanzas porque, los encargados de dirigir los primeros pasos de sus hijos, erraron lastimosamente el encauzamiento de sus pristinas facultades?

¿Quién nos asegura que Colón, recluido en un monasterio, consagrado al servicio de Dios, o empujado a guerreras andanzas con Galcerán de Requeséns y Gonzalo de Córdova, en Italia, o con el conde de Tendilla, en las Alpujarras, hubiese sido el descubridor de un nuevo mundo?

¿Quién podría afirmar que Bonaparte, retenido en el bufete de su padre, sin ingresar en la Escuela de Brienne, o atendido a la nota de la «Inspección de las Escuelas Militares» que le destinaba al cuerpo de la Armada, hubiese jugado al volante con las coronas europeas y ceñido su frente con la diadema imperial?

¡Es tan cierto que de la elección de carrera, arte u oficio, depende el porvenir del hombre!...

La indiferencia en la estimación de las naturales condiciones del niño, produce siempre desacierto al orientar sus pasos, y el desacierto acarrea, en muchas ocasiones, la ruína y el aniquilamiento, no sólo del individuo mal orientado, sino de todos los que por unas u otras razones han vivido en contacto con él.

¿Ejemplos?.... A millares.

¿Quién no ha visto a rico hacendado sacrificar una fortuna por hacer de su hijo un profesional de la medicina o de las leyes, robando a sus fincas—¡claro que con la amorosa buena fe de un padre!—el mejor de sus agricultores?

¿Quién no ha conocido, en cambio, a industriales y comerciantes tener aherrojados sus hijos en el telar o en la máquina, en el despacho o en el mostrador, convencidos de que aseguraban así el porvenir de aquéllos y el florecimiento de sus industrias y negocios, cuando en realidad

lo que hacían era privar a la patria de estadistas, a la milicia de caudillos o de genios a la ciencia?

La mitad de las gentes ejercen profesiones o desempeñan cargos para que no nacieron, como si al género humano lo hubiesen sacudido violentamente hasta el punto de trocar unos con otros los destinos de sus individuos.

Mateo Arnold exclamaba ante un rico comerciante, cliente suyo: «¡Vale más ser el Alejandro de los pinches de cocina que un leguleyo ignorante!»

Orison nos recuerda que muchas jóvenes que pudieron ser excelentes camareras, sacrificaron sus mejores años en el estudio, para cristalizar en maestras detestables.

Buenos labriegos andan por esos mundos interpretando leyes, autorizados por un título académico, alcanzado en fuerza de paciencia, mientras que eminentes jurisconsultos ruedan por granjas y arreañales empuñando la hoz y el almocafre, bajo la tortura de su equivocado destino. Artistas, que pintarrajean lienzos, vemos entrar y salir por academias y museos perdiendo un tiempo precioso, que emplearían más a gusto de todos, amasando pan en una tahona. Zapateros se sientan en el Parlamento, en tanto que en míseras covachas, protestan de su destino estadistas remendones. Muchos niños languidecen en colegios e internados bregando con los clásicos latinos, el principio de Arquímedes y las teorías de Ruhmkorff, cuando estarían mejor en fábricas y talleres dando rienda a sus inclinaciones hacia la mecánica. Habilísimos cirujanos hubiesen sido algunos carniceros, al paso que muchos de los que manejan el bisturí y el estetoscopio, hubieran desempeñado un gran papel manejando la cuchilla en una tablajería.

Bien dijo el poeta que *hay una divinidad que modela nuestro destino con arreglo a la plantilla que voluntariamente le proporcionamos.*

Piensen en todo esto los padres, los maestros y los tutores, y lograrán, encau-

zando en sus debidos destinos a sus hijos, discípulos y pupilos, hacer hombres para mañana y patria para siempre.

El que menosprecie un oficio, menosprecia un estado social, nos dice Franklin; y quien desoye una vocación, desperdicia un provechoso y honrado empleo de actividad.

Un labriego de pie es más alto que un caballero de rodillas.

No desoigamos la voz de la razón, que debe estar muy por encima de los egoismos y vanidades que, frecuentemente, aconsejan a los encargados de dirigir y educar a la juventud.

GIL ROGER VÁZQUEZ.

Aclaración

En la imposibilidad de transcribir íntegro el hermoso discurso pronunciado en la «Asociación General de Agricultores de España» por nuestro querido amigo y colaborador D. Enrique Alcazar Martínez, damos hoy un fragmento del brillante exordio de tan notable pieza científico-literaria.

Seguros estamos que ha de ser del agrado de nuestros lectores, y por ello honramos nuestras columnas copiándolo, al mismo tiempo que enviamos las gracias y enhorabuena más efusivas a nuestro distinguido compañero.

Fragmento de un discurso

Estamos atravesando, señores, tiempos verdaderamente apocalípticos; Europa, la culta Europa, el cerebro del mundo arde en guerra; el genio del mal ha transformado en las manos airadas de los hombres las conquistas que éstos arrancaran al del bien, trocándolas en instrumentos destructores de la herencia de nuestros antepasados, y de nuestra propia labor, y perpetuando así el dolor humano sobre la tierra.

Pero ¿quién sabe si este retorno a la barbarie, si este resurgir de las tremendas cóleras que destruyeran repúblicas e imperios allá en las lejanías de la historia, no será un fuego purificador de todos los sedimentos morbosos de esta civilización complejísima, que nos lleve directamente, sin caer

en obscuridades medioevales, a esplendorosos renacimientos de la justicia y del derecho?

Por lo pronto, vemos florecer como nota consoladora de estas desdichas, en todos los pueblos beligerantes, un sentimiento que parecía aniquilado por bárbaras propagandas de reivindicaciones imposibles. Renace en ellos el sentimiento patrio con tan vibrante empuje, con ansias tan grandes de supremo ideal, que los que todavía en España le rendimos culto, al ver cómo alrededor nuestro se van desvaneciendo todos los vínculos de cohesión ciudadana, hemos podido dudar allá en las reconditeces de la conciencia, si les deberemos a las generaciones venideras crueles sacrificios expiatorios, y si quedarán defraudadas sus esperanzas por la desdeñosa compasión que hasta ahora ha merecido nuestra España al azote de la guerra.

La casualidad, aliada esta vez de la impotencia, nos ha colocado respecto a Europa en un estrecho sector de paz, de paz militar, se entiende, que es la única que por ahora gozamos; de la económica nada he de decir, pues bien sabéis cómo el hambre se va extendiendo por toda España; y la espiritual la hemos perdido o estamos a punto de perderla, porque el alma nacional va desgarrándose de nuevo por la roja cicatriz que en ella señalaran nuestras execrables guerras fratricidas.

Pero aunque un tanto avergonzados del modestísimo papel que en esta crisis universal que más bien parece trastorno geológico, corresponde a la nación que completó la redondez del planeta e impuso su habla y su genio a millares de hombres, hagamos firme propósito de enmienda tras este examen de nuestra miseria, hija de nuestros pecados, y preparémonos devotamente, como quien se acerca a un confesionario, a mejorar de vida y a cambiar de procedimientos.

Pero nadie piense en el esfuerzo ajeno, sino en el propio esfuerzo; nadie examine las culpas de los demás, sino las propias culpas, que no es bien que habiendo pecado todos, pensemos cada uno en los pecados de los demás. Purifiquemos individualmente nuestras conciencias, porque así formaremos la conciencia colectiva y veremos pronto renacer el ideal nacional, hoy muerto, dormido o encantado.

Para ser fuertes necesitamos ser muchos; el poder político de un país depende, más que de la extensión de su territorio, de la densidad de su población; por lo que cuanto conduzca a poblar regiones despobladas o poco pobladas, conducirá al engrandecimiento del poderío nacional.

Y hemos de poblar preferentemente los campos, no las ciudades, antros de dolores y de despechos para los humildes; no busquemos en éstas el soldado enérgico y robusto que cantando se deja matar por su bandera; busquémoslo sobre

los surcos con que el arado señala sobre la tierra la huella fecundante del trabajo.

Y en otro orden de ideas, no esperemos heroísmos sino resignaciones, en los defensores de la patria que se reclutan entre los desamparados de ella, entre las víctimas del absorbente capitalismo, entre los que no tienen otro lazo material con la tierra que los vió nacer que la fosa en donde han de rendir tributo a la muerte para descansar de las inclemencias y acaso de las injusticias de los hombres; busquémoslos entre los que confunden en un solo afecto, el de la patria, el de la familia, el del hogar y el del haza de tierra propia; aumentemos la producción de la tierra madre, para que ella a su vez nos devuelva brazos que la defiendan y la fecunden, creando para todos riqueza, poder y bienestar. Colonicemos, en una palabra, pongamos la tierra en condiciones de producir seres humanos sin que nos asusten las contingencias de la emigración, porque cada emigrante será una semilla que esparza a todos vientos el genio de nuestro idioma y de nuestra raza. Hagamos para nuestro propio suelo lo que supimos hacer para el suelo americano.

De la madre tierra, como productora de seres humanos, quiero hablaros, y tal es la importancia del tema, que voy temiendo si mis fuerzas quedarán muy por debajo del empeño; pero como *no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad*, como dijera el inmortal hidalgo en la patética culminación de su generosa locura, cumple a mi pequeñez, no la arrogante demanda del vencido caballero, sino la petición humilde, de benévola atención, para mis pobres razonamientos.

ENRIQUE ALCARAZ MARTÍNEZ,
Ingeniero agrónomo.

Patriotismo

Por falta de reflexión y exceso de impetuosidad, unas veces; otras, por falta de cultura, y otras, por premeditada mala fe en favor de convenciones y egoísmos personales, por unas o por otras causas es frecuente que el concepto de patriotismo entre los españoles se falsee en términos tales, que casi siempre lo elevamos hasta lo absurdo, o lo deprimimos hasta lo ridículo, y siempre lo desquiciamos de su verdadero sentido. Todo esto sin conciencia de lo que hacemos ni de lo que decimos.

Tan pronto oímos a un exaltado afirmar que debemos intervenir en el conflicto europeo en favor de uno u otro bando, porque nuestra misión histórica nos llama a ello, y que España es por su riqueza, por su valor y por su historia, la primera nación del mundo, y que todo lo nuestro

es lo mejor, y que si no somos la primera potencia de Europa es culpa de nuestros gobernantes, como leemos, al pasar por un *colmado* cualquiera, un cartel como éste, que yo leí días pasados: *El rico buñuelo parisién*.

No, señores míos; ni tanto, ni tan poco. Ni somos nada definitivo ante la brutal catástrofe que enrojece con sangre de esclavos los dominios de unos cuantos reyes mal avenidos, ni el clásico *churro* madrileño, tradicional ornato de verbenas, sabroso aditamento del frailuno chocolate, necesita afrancesarse para ser ensalzado y estimado en su justa medida.

Lo primero es un patriotismo morboso; lo segundo, un antipatriotismo ridículamente majadero.

Y la causa de todo esto es la falta de cultura y la ignorancia que generalmente disfrutamos.

Para ser patriotas es preciso, ante todo, saber lo que debe ser patriotismo y conocer lo que es, lo que ha sido y lo que puede ser nuestra Patria.

Y he aquí que, por lo general, estamos muy mal orientados los españoles en estas cuestiones.

El patriotismo no debe ser una cosa estática, un éxtasis admirativo y vocinglero de glorias pasadas; debe ser una acción, una fuerza, una orientación consciente para el porvenir.

Es más patriota el que sobre las ruínas de la vieja casona solariega de sus antepasados, aprovechando los ennegrecidos sillares blasonados que formaban sus muros, establece un taller o una fábrica, que aquel que vegeta a la sombra de los viejos paredones, consumiendo los restos del glorioso mayorazgo venido a menos, y henchido de admiración y respeto al pasado languidece en letárgico sueño, dejando que el tiempo deshaga las piedras centenarias, que acaben por enterrarle entre sus escombros.

Lo primero, es hacer patria; lo segundo, dejarla deshacerse.

Claro es que en el amor a la Patria, como en el amor a la familia, como en todo amor, ha de haber algo de idealidad, de respeto cariñoso al recuerdo; pero este amor y este respeto no han de ser inconscientes, ni sistemáticos; en nada debe el hombre dejarse cegar por la pasión; la razón, el sentido común, deben ser jueces supremos de todos nuestros actos, que, por otra parte, han de tener siempre una finalidad de utilización práctica individual y social; la misión primordial del hombre es vivir para sí y para la humanidad.

El verdadero patriota, por tanto, será aquel que, con el bagaje de un perfecto conocimiento de la geografía y la historia de su patria, encauce los actos de su vida toda hacia el fin noble de mejorarla y engrandecerla, no queriéndola como es, sino como debe ser.

Y como hoy, las naciones más fuertes y más felices no son las que tienen un pasado más glo-

rioso de blasones, de dominio y de sangre, sino las más pobladas, las que más producen, aquellas cuyos habitantes son más cultos y laboriosos y gozan de un mayor bienestar, los hombres más amantes de su Patria serán los que más laboren por ilustrarla y enriquecerla.

El patriotismo no debe estar amasado con romanticismos pretéritos y egoísmos actuales, sino con trabajo altruista en el presente y fe en el porvenir, toda vez que el ciudadano verdaderamente útil a su nación no labora tanto para sí como para los demás en lo futuro. Y si la idea de patriotismo la miramos en su más amplio sentido, veremos que es el sacrificio de cada individuo por el bien de la humanidad, que al cabo, la vida del hombre es un minuto con relación a la vida de las colectividades, y cada nación es un pequeño trozo de la tierra, patria común de todos los hombres hermanos.

Pero, tanto en el concepto universal como en el nacional, el patriotismo ha de tender siempre a buscar el bienestar para todos; ha de ser una labor fecunda, no un sacrificio estéril. El hombre amante de su Patria será positivista y romántico al mismo tiempo, pero no aplicando su romanticismo al pasado, sino al porvenir, y sin ser egoísta en ningún caso. El amor al pasado es un narcótico; el amor al porvenir, un estimulante poderoso. El recuerdo, es una negación; la esperanza una afirmación.

Desgraciadamente, en los españoles domina la abulia y la incultura; somos escandalosos, populacheros y egoístas; apáticos, vivimos más del pasado que del porvenir, y por todo esto tenemos un patriotismo a nuestra manera, hecho a base de música callejera; vivas y muertas; mítines y revueltas populares; orgullos de pasadas grandezas, interminables y elocuentes discusiones de política y toros en la poltrona del café; en suma, es más patriota el que más chilla, no el que más labora; nuestro patriotismo es cuestión de laringe y no de cerebro; y de esta inversión de términos, de esta lamentable equivocación, resulta que somos un pueblo de antipatriotas, pues a eso equivale nuestro patrioterismo absurdo y suicida.

Lo entendemos al revés; hacer patria es trabajar en silencio, con inteligencia y voluntad; no perder el tiempo con lamentable palabrería inconsciente y estéril.

Amar a nuestra España no es quererla ciegamente tal como es, sino conocer sus defectos y sus vicios y dedicar nuestras energías a mejorarla.

Olvidemos un poco las glorias pasadas y pensemos en el porvenir: apartemos los ojos de las alturas donde nos ciega el brillo de utópicos ideales, y miremos más a la tierra, de la cual ha de salir nuestra grandeza si sabemos buscarla; soñemos menos y trabajemos más; seamos un poco

Sanchos y un poco Quijotes; armonicemos lo real con lo ideal, tomando lo preciso de cada uno y con voluntad firme orientemos bien nuestro esfuerzo callado y fecundo; así seremos patriotas; así haremos patria.

L. VALENCIA NEGRO

Información regional

Desde La Yesa

Seas bienvenida, FÉNIX TROYANA, y que en tu ardua empresa, colaborando en la magna obra de difundir la paz y el progreso por esta región, consigas, con rápido destello, suavizar asperezas para desarrollar de manera fehaciente los abstrusos y altruistas fines que persiguen tus creadores para bien de Chelva-Villar y de toda la humanidad. Que el tributo de homenaje que rindes a nuestros ilustres muertos sirva de emulación a los vivos, que con su labor asidua consigan aminorar el número de analfabetos, llenar de carreteras y caminos vecinales nuestra comarca, y de ese modo la agricultura, el comercio, la industria, la historia, la ciencia y la literatura, hará inmortales los nombres de los que, para fomentar la cultura y progreso de su país, sacrifican sus intereses y su vida entera.

Adelante y, como buenos patriotas, contribuyamos todos a esta gran obra de regeneración social. Sea la aparición de FÉNIX TROYANA y la celebración de la fiesta del árbol el anuncio del resurgir del sueño letárgico en que yacen estos pueblos.

*
**

Aunque modesta, también en esta villa se celebró la fiesta del árbol el 21 de Marzo, anunciándose con vuelo general de campanas, en el que lucieron su hercúlea fuerza los jóvenes de ésta que, desinteresadamente, prestaron también su concurso en las diferentes operaciones que lleva consigo la plantación.

Provistos de todo lo necesario, los alumnos de esta escuela, en ordenada marcha con su correspondiente árbol sobre el hombro, formados a cuatro de fondo y con la marcialidad posible, atravesaron las principales calles de esta población, cantando el himno al árbol hasta llegar al sitio denominado la Rambla, donde se hizo la plantación de mil árboles regalados por varios particulares.

Fueron bautizados cada uno con el nombre del niño que los plantaba.

También fueron plantadas en la puerta de la iglesia ocho hermosas acacias y dos en la puerta

de la Escuela, dedicadas la una al Sr. Conde de Montornés y la otra a D. Luis Zulueta.

Por la tarde se celebró la bendición y termina-da esta ceremonia, el virtuoso cura, D. José Sal-vador, pronunció un hermoso discurso agradecien-do a Dios y a las autoridades la institución de esta fiesta y recomendó a todos el cariño al árbol.

Recitaron varias poesías los alumnos de la escuela y fueron muy aplaudidos.

El concejal de este Ayuntamiento, D. Teófilo Sanahuja, recomendó (sin carácter de autoridad) a sus paisanos la propagación y conservación de los árboles, dando un viva a La Yesa y a la fiesta del árbol.

El señor alcalde, D. Juan Zurriaga, dijo: «Que siendo de todos los vecinos los árboles que moti-van esta fiesta, a todos interesaba su conservación y a todos recomendaba el cuidado de los mismos, prometiendo varios premios en metálico a los niños que más se distinguan en el cuidado de su árbol.

El que suscribe, después de saludar a las auto-ridades y al pueblo en general, procuró de la ma-nera más racional posible demostrar los beneficios que reportará en nuestra querida España el Real decreto de 5 de Enero del presente año. Reco-mendó que sea el cariño y no el miedo a las leyes ni a las autoridades la causa que influya en el ánimo de todos para su conservación y multipli-cación de los árboles.

Terminó la fiesta con la lectura de unas cuar-tillas, demostrando la influencia de los árboles en el estado higrométrico de la atmósfera y su utilidad relacionada con la higiene y la medicina.

Y dando vivas a la Fiesta del árbol, a España y a la paz universal terminó la fiesta, repartiendo el señor alcalde dulces entre los niños, que segu-ramente guardarán grato recuerdo.

Mil gracias, dignísimo director, y siempre a sus órdenes su afectísimo,

ISMAEL MARTÍNEZ,
Maestro nacional.

Écos varios

Ya es un hecho la constitución en Chelva de la Mutualidad Escolar.

A la sesión solemne de reparto de cartillas concurrirá el Excelentísimo señor Gobernador civil de la provincia D. Juan Tejón y otras dis-tinguidas personalidades.

Oportunamente anunciaremos la fecha de esta sesión, que será un acontecimiento.

También se han constituído mutualidades esco-

lares en Tuéjar, Titaguas, Benageber, Sinarcas, y se están preparando a organizarlas en Villar del Arzobispo.

Se están realizando gestiones para darle efec-tividad al laudable pensamiento de conducir las aguas potables a Titaguas.

Es esta una mejora que el vecindario de aquel pueblo hace años está ansiando y que, una vez realizada, le colocará a la altura de los mejo-res de la provincia.

¡Adelante titagüenses! Así se hace región, que es hacer patria.

Nos consta que la suscripción de acciones para la constitución del organismo social que ha de establecer el servicio de automóviles entre Chelva-Villar y Liria, va aumentando de modo considerable.

La mejora que se trata de introducir con el aludido servicio es de tal magnitud que, segura-mente, el buen sentido de chelvanos y villarenses les habrá hecho ver que, apenas se inaugure aquel medio de locomoción, cambiará de manera radi-cal la vida económica de nuestra comarca.

La comodidad y rapidez del viaje en auto, invitará a visitar este país tan hermoso a muchas personas que se asustan hoy al saber que, para llegar al pie del «Remedio», necesitan dejarse em-paquetar en una galera y aguantar cinco o seis horas de viaje.

Con los nuevos coches-automóviles vendrán a estos pueblos artistas, industriales, hombres de ciencia y con ellos cultura, progreso e ilustración; en suma: redención y engrandecimiento de nues-tro solar querido.

Por ello no deben desmayar nuestros paisanos y tomar parte en la empresa todos, cuantos más, mejor; de esa manera, siendo todos empresarios, será una mejora de carácter regional y de imposi-ble competencia.

Pregunten nuestros lectores a los gerentes de las empresas de autos de Vinaroz a Morella, de Sort a Tárrega, etc., etc., y a otras establecidas en las provincias vascongadas, en Castilla la Vieja, en Andalucía y en Galicia. Cada día que pasa se lamentan de no haber establecido antes el servicio citado.

No teman el fracaso, que es imposible; fien en el éxito, que es tan seguro como la salida y la puesta del sol.

Establecimiento Tipográfico Hijos de Francisco Vives Mora

Hernán Cortés, 8.—VALENCIA